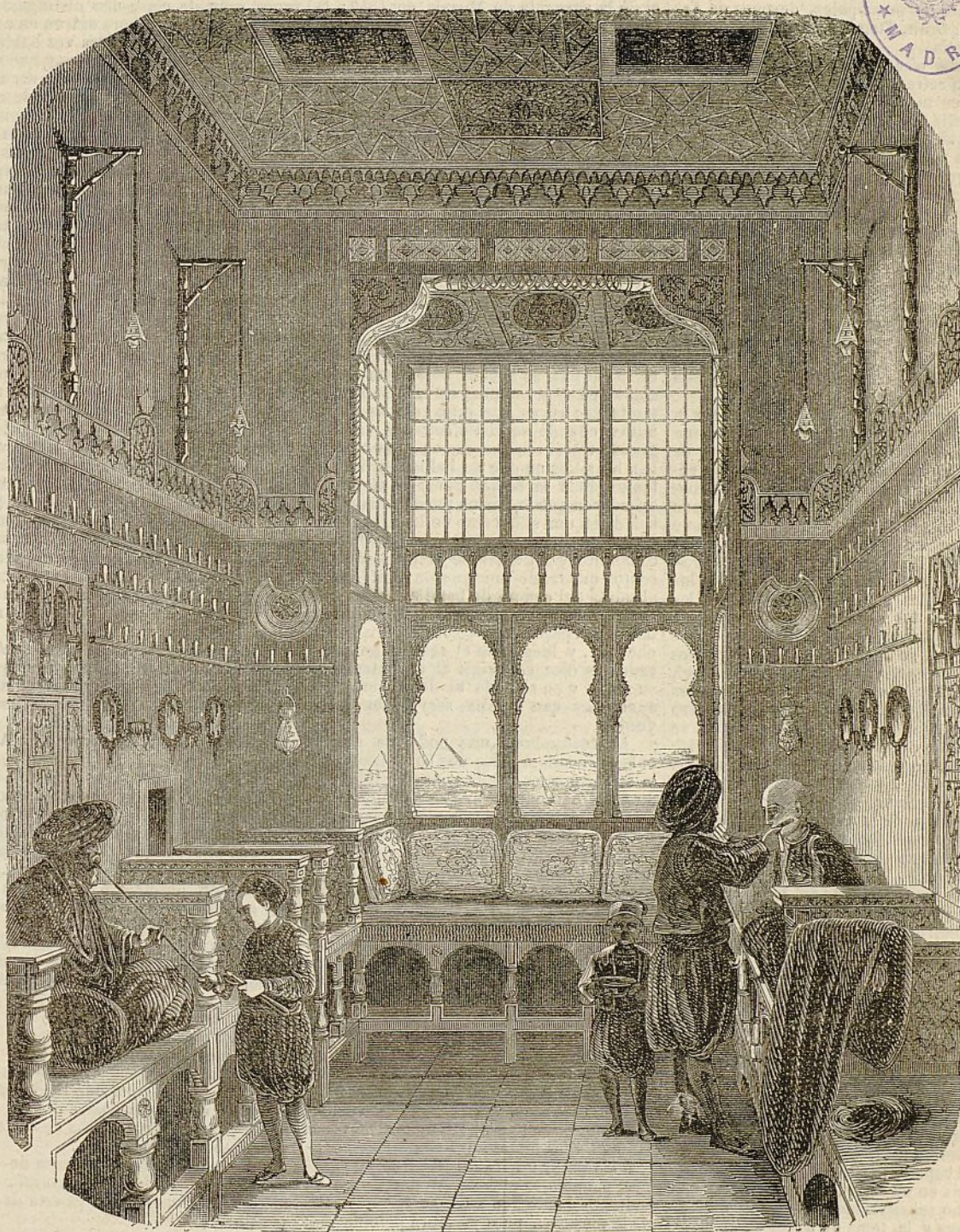


APUNTES GEOGRÁFICOS.



Barbería en Argel.

ARGEL.

Es uno de los cuatro grandes estados de las costas berberiscas, entre Tunez al E. y Marruecos al O., limitado al N. por el Mediterráneo y al S. por el desierto de

Agosto 13 de 1832.

Sahara, tiene una estension de cerca de ciento cincuenta leguas en sus costas, y se interna treinta y cinco ó cuarenta leguas en el interior de las tierras. Su capital es Argel, que le da el nombre. Está poblada de moros berberiscos ó kabilas, árabes, judíos, negros y europeos de di-

Ayuntamiento de Madrid

ferentes naciones, cuyo número total asciende á dos millones de habitantes, entre los cuales hay mas de veinte mil europeos. La regencia de Argel era antes una provincia del imperio otomano y estaba regida por la autoridad de un dey; se dividía en cuatro provincias: las de Argel y

Album pintoresco.

20

Titeri en el centro, de la Hemsén al O., la de Constantina al E.; estas tres últimas estaban gobernadas por un bey sometido al dey; las demas se dividían entre las tribus casi independientes, que no reconocían mas autoridad que la de sus chiques. Las ciudades principales, despues de Argel son: Oran, Tlemsen, Bona, Constantina y Bugia.

El país ofrece una temperatura elevada, pero refrescada por los vientos; el invierno es muy benigno, y únicamente se deja sentir por lluvias abundantes que duran hasta el mes de abril.

Está coronado por las montañas del Atlas, que se elevan en grandes paralelas á las costas. Hay numerosos valles y varios rios, de los cuales el principal es Chelif en la parte occidental, despues el Mazafran, el Adusse, el Tafua, el Aratch, el Amise, el Iser y el Hed-el-Kebir. El territorio de extraordinaria fertilidad, pero poco cultivado. Se pesca, á lo largo de las costas, sobre todo en la estremidad oriental, el coral mas rico. Los franceses tienen hace muchos siglos varios establecimientos en la costa, con el único objeto de esta pesca.

El estado de Argel está formado por la Numidia y por las Mauritania Cesariana y Sitifensis de los antiguos. Despues de haber obedecido mucho tiempo á los reyes indígenas (Micipsa, Yugarta, Masinisa, Juba, etc.), este país fué conquistado por los romanos, bajo cuyo poder estuvo muy floreciente; despues por los vándalos (429-534), y últimamente, por los árabes (690). Lo dominaron sucesivamente los omniadas, los abasidas, los aglabitas, los merimitas, los españoles y los gerifes de Haschem. A favor de estas perpétuas revoluciones, se formaron varios pequeños estados independientes; tales son Argel, Tunez, Tlemsen y Constantina. Los dos hermanos Barbarjas, llamados al socorro de los argelinos contra los españoles, se apoderaron de la ciudad de Argel en 1516; conquistaron la mayor parte del territorio que le rodea, y para sostenerse mejor contra sus enemigos, se hicieron reconocer vasallos de la Puerta (1520). El sultan Selim mandó allá al instante un bajá con un cuerpo de genizaros; pero estos, mas adelante, so pretexto de ponerse al abrigo de las vejaciones del bajá, obtuvieron de la Puerta (1600) la autorizacion de elegir entre ellos un gefe que defendiera sus intereses, al cual se llamó dey, que quiere decir tío y tutor.

Así continuó el estado por algun tiempo regido juntamente por un bajá y un dey; pero estos dos gefes estaban en continua disidencia, y en 1710 el dey Bab-Aly espulsó al bajá y reunió en su persona todos los poderes.

A contar desde este momento la autoridad de la Puerta no fué mas que nominal. La familia turca se constituyó en señora absoluta; hizo y deshizo los deyes segun su capricho, y llegó á punto de nombrar seis en un solo día. Sin embargo, este gobierno subsistió hasta la invasion de los franceses y la toma de Argel en 1830.

Desde esta época la Argelia está bajo la autoridad de la Francia, que la ha gobernado, primero por generales en gefe, y despues por gobernadores.

Los hechos de armas principales despues de la conquista son: la ocupacion de Bona en 1830; de Oran en 1834; de Arce-so, Mostagan y Bugia en 1833; en 1835, la expedicion de Macta, la toma de Mascara y Tlemsen y la victoria de Sikkab; el tratado de Tafna, concluido en 1837 con

Abd-el-Kader, por el cual se obtuvo la paz en el O., dejando á los árabes gran parte de la regencia; la toma de Constantina en 1839; el rompimiento de las hostilidades con Abd-el-Kader á fines de 1839; el paso de las Puertas de Hierro en 1839; el de la garganta de Muzaia en 1840; la heroica defensa de Mazagan, ocupacion de Cherchelt, Medeah, y Milianah en 1840; la de Takedempt en 1844, la de Biscasa en 1844, y últimamente, la sumision completa de todo el país.

PARA DESENTENDERSE DE UNA NOVIA.

ANECDOTA DE COSTUMBRES.

(Conclusion.)

IV.

En invierno ya se sabe que el día es corto, largas las noches y la cama agradable, en especial para los que se acuestan tarde; así es que eran ya mas de las nueve cuando se vistió Julia, y vió con grande extrañeza que sus amos no ocupaban los sitios en que los habia dejado. Estos sin duda lo habian pensado mejor, y calcularon que lo mismo puede estar enfadado en una silla como en la cama, y así luego que se apagaron las luces, cada cual callandito y á tientas se retiró á su aposento, quedando únicamente Edit dueña absoluta del campo de batalla.

La doncella, que sabia bien lo que se hacia, preparó como de costumbre la leche y té, y luego que el reloj hubo marcado las diez se dirigió al dormitorio de su ama, y en seguida al del señor, para anunciarles que estaba servido el desayuno.

La costumbre, mas poderosa que el enfado, condujo á los dos contrincantes á la sala comedor. Ambrosina vestida con un esmerado negligé; Arturo cubierto con una matizada bata. Como gente bien educada, evitaron renovar las escenas de la noche anterior, ni las causas que las habian motivado; tenían ademas cada uno demasiado amor propio y orgullo para manifestar su arrepentimiento; así es que no se advirtió la menor diferencia en su proceder; se prodigaron las mismas atenciones y reciprocos obsequios que de costumbre. Arturo fué únicamente el perjudicado; acostumbrado siempre á saborear su taza de té al compás de algun escogido trozo de música ejecutado al piano por los delicados dedos de su querida, esperó en vano ese delicioso accesorio; Ambrosina permaneció inmóvil en su asiento; el flarmonico esperó en vano el concierto, siéndole imposible apurar la taza; seis veces la llevó á los labios, y otras tantas la retiró sin pasar un sorbo: ¡maldita costumbre! ¡cómo nos esclavizas! decia para sí; haberme habituado á tomar té al compás de la música... pero yo sabré dominarme; dicen que Napoleon estuvo seis días sin tomar un polvo en la retirada de Moscou, porque carecia de rapé; imitemos su ejemplo; yo tambien sabré vencerme. A pesar de tan heroica resolucion, lo cierto es que el té quedó en la taza, y que se retiró sin desayunarse exhalando un doloroso suspiro cuando pasó por delante del piano.

Iba tambien á levantarse Ambrosina cuando sonó con fuerza la campanilla de la puerta; la doncella se apresuró á salir,

pero la detuvo Arturo, sospechando quién podia ser el que llamaba.

Es el caso que este jóven debia mucho, pero sus deudas no eran ignominiosas; no temia verse acosado por el sastre, zapatero y otros acreedores de esta clase; los suyos eran de clase mas distinguida; de aquellos que á toda hora entran en casa de sus deudores, y que rara vez hablan de sus créditos: que se tutean, y que si llegan á saber que su amigo va á ser arrestado por deudas, ellos mismos le avisan para que pare el golpe. Arturo tenia muchos de esta especie, y aunque su trato era íntimo, cada uno ignoraba los compromisos que mediaban entre sí, aunque se encontraban frecuentemente reunidos. Entonces el uno tomaba con la mayor franqueza un habano de su petaca, otro revolvía y ojeaba sus papeles, en tanto que el mas atrevido requetaba á Ambrosina, protectora deidad que desembarazaba á su amado de tan molesta presencia, porque á decir verdad él era el mas torpe del mundo para esta comision. Luego que sonó la campanilla, sospechó con fundamento que seria alguna de estas visitas para él tan incómodas; pero no se atrevió á proponer á Ambrosina se encargase de recibirla, en tanto que él se retiraba por una puerta de escape; pedirle este servicio era reconocer la absoluta necesidad que tenia de una muger, cuya separacion habia proyectado hacia pocas horas... ¡Situacion critica! mas apurada que tomar té sin música, porque para aquella bastaba uno solo, y para zafarse de un acreedor son necesarios dos que vayan de acuerdo.

—Julia, dijo Ambrosina, abre la puerta, y si es Mr. Genero que pase á mi gabinete.

Respiró Arturo: las palabras de Ambrosina sonaron en su oido mejor que la mas acorde orquesta; por la puertecilla escusada se retiró al suyo, y metiéndose en el baño ya preparado, exclamó:

—No hay en el universo otra Ambrosina.

Dos minutos despues se abrió la puerta secreta, conocida únicamente por los amigos íntimos, y se presentó Anatolio.

—Albicias, querido: acabamos de hacer una apuesta de dos mil francos cada uno contra otros tres camaradas, á que vienes con nosotros á Italia; y la damos por ganada, porque estamos muy seguros en que cumplirás tu palabra.

—Realmente podeis contar con ella; anoche, despues que me separé de vosotros, he tenido un largo altercado con Ambrosina...

—¿A causa del billetito?

—Justamente.

—¿Y qué ha resultado?

—Lo que era de esperar, que está todo concluido; era demasiado tarde para que se fuese en el acto, pero dentro de tres horas ya no estará en casa; está recogido y listo todo su equipage...

—Y conozco ahora la causa de encontrarte un poco triste: es natural, el paso no es para menos, pero ya está dado y te ves libre.

—Sí, libre, completamente libre.

Arturo reprimió un suspiro; salió del baño, y envolviéndose en la sabana, fué á arrellanarse en un sillón.

Hubo un momento de silencio que permitió á los dos amigos oir el ruido que en la vecina sala hacían las pisadas de gentes que iban y venían, los baules y sillas que se arrastraban, y las cuerdas con que se liaban.

A tan desconsolador estrépito, Arturo

no pudo menos de exhalar un doloroso gemido, pasó la mano por su frente, y dijo con triste acento:

—Es el piano que se llevan; era escelente... ya ves que esto concluyó.

—¡Ah! no es el piano lo que sientes, amigo, veo que la cadena que te aprisiona no está rota del todo.

—Qué idea tan disparatada ¿cómo te ocurre tal desatino?

—Un presentimiento... ¿quieres creerme? permite que no te abandone en todo el día.

—¿Temes, querido Anatolio, perder la apuesta?

—Dí mejor ganarla, porque he apostado á favor tuyo, sosteniendo que llevarías á cabo tu resolución.

—Y la llevaré; pero quiero salir vencedor sin auxilio alguno y sin padrinos; no lees en mi interior, y te equivocas miserablemente en cuanto á mis sentimientos; he vivido con ella mas por costumbre que por estar ciegamente enamorado; apenas la veré cuando se vaya, y en seguida me planto en la calle y como si nunca nos hubiéramos visto; mas te diré, desde esta tarde estoy á vuestra disposición, y mañana, si estais corrientes, tomamos una silla de posta y á Italia; esto mismo diré esta noche en la mesa cuando estemos todos reunidos, porque quiero que comamos los tres; á ti, Anatolio, te doy la comision de convidar á Leonardo y Estéfano para que comamos juntos.

—Cuenta con nosotros, Arturo; te acompañaremos; hasta la noche.

VI.

Arturo entró en su gabinete para vestirse; el tocador estaba provisto de cuantos objetos requiere la moda; esencias, pomadas, cepillos de varias clases, peines de concha y de marfil, y todo cuanto necesita un joven elegante y de gran tono. Intentó calzarse las charoladas botas, pero no teniendo el auxilio y apoyo de su querida estuvo para caer mil veces, echó mil pestes, renegó del zapatero, hasta que por último, jadeando y dando patadas en el suelo, consiguió dar feliz cima á tan árdua empresa. Otra no menor dificultad le estaba aguardando: cambiar de camisa; ¿cómo acertar á pasar la cabeza y brazos al través del intrincado laberinto de pliegues? por de pronto la primera quedó arrugada é inservible, la arrojó á lo suelo; la misma suerte sufrió la segunda, rasgada y destrozada por los calados y costuras; la tercera se libró de esta desgracia, porque á fuerza de paciencia llegó á cubrir el hermoso cuerpo del joven. ¡Oh Ambrosina, Ambrosina! exclamó agitado y lleno de amargura, solo tus delicados dedos tienen el privilegio de manejar la batista sin ajarla!

Despedido y fuera de sí se acercó á la vidriera; espectáculo desconsolador! las angarillas, cargadas con los muebles de su querida, estaban en medio de la calle cubierta de nieve; los gruesos copos que á la sazón caían iban formando una espesa capa sobre los lujosos libros de música, sobre los veladores de ébano y los dorados marcos de los cuadros; un rico reloj de sobremesa yacia arrojado sobre la estera de una castañera. Los ojos de Arturo se bañaron de lágrimas, y apartó la vista para no ver tan dolorosa escena.

Me avergüenzo de mi debilidad, dijo para sí, olvidemos lo pasado y pecho al agua; y poniéndose delante del espejo distribuyó el cabello en dos mitades; pero al

sacar la raya, la difícil raya, escolló en que naufragan hasta los dedos mas ejercitados, se convenció de que aspiraba á un imposible, mayormente cuando siempre habia recurrido á la inalterable paciencia de Ambrosina para esta operacion; cuanto mas cuidado ponía mas enredaba el rizado cabello...

—Peine maldito, exclamó sofocado por la cólera y arrojándolo al suelo: no necesito de tu auxilio; yo inventaré un nuevo peinado; y diciendo y haciendo se atusó lo mejor que pudo con ambas manos.

Se ha escrito un grueso volumen sobre el arte de ponerse la corbata; el autor da en su obra sabios preceptos; pero hubiera hecho mucho mejor proporcionar á sus lectores una mano amiga, un criado que estuviese amaestrado en rodear al cuello esa delicada tela, parte muy esencial del adorno de un elegante.

Arturo era admirado por el esquisito gusto con que ajustaba su corbata, pero jamás era obra suya; fácilmente se comprende quién era la que hacia este milagro. No obstante, el joven aspiró á resolver por sí solo el problema, pero el resultado no correspondió á sus deseos: despues de mil ensayos peores los unos que los otros, estuvo á punto de ahorcarse, tanto fué lo que quiso ajustar el pañuelo alrededor del cuello.

A su pesar y sin saber lo que hacia gritó involuntariamente: ¡Ambrosina, Ambrosina!

—Aquí estoy, respondió una voz argentina que hizo vibrar las fibras del corazón de Arturo, aquí me teneis, ¿qué se os ofrece?

—Que me presteis el último favor, que tengais la complacencia de echarme el lazo en la corbata.

—Con mucho gusto, sentaos en esa silla.

Y en pie, delante de Arturo comenzó á arreglarle la corbata, operacion delicada durante la cual los sedosos cabellos de la joven rozaban los labios de su amante.

—No es muger, es una deidad, decia para sí; apenas se sienten sus dedos; ¡quien es capaz de reemplazarla en el mundo!

Arturo hubiera deseado que Ambrosina no acertase á echar el lazo y que se hubiese equivocado, únicamente por disfrutar el placer de tenerla mucho mas tiempo junto á sí: y en efecto sus deseos se veian satisfechos: el nudo del lazo no sentaba bien: lo deshizo y volvió á echarlo de nuevo, y para hacerlo con mas acierto y seguridad se quitó los guantes: no fué vana esta diligencia; la corbata fué un modelo de perfeccion y cual nunca la habia llevado Arturo.

Ya no fué éste dueño de sus acciones: estrechó entre sus manos las de Ambrosina cubriéndolas de ardientes besos. El arrepentimiento superó á la ofensa, las esplicaciones sinceras y amorosas por ambas partes, y se prolongaron tan largo tiempo, que Arturo no salió en todo el día, de manera que todavía permanecia Ambrosina en la casa cuando llegaron Leonardo, Estéfano y Anatolio.

La mesa estaba puesta: las bugías se reflejaban en las botellas, vasos y talladas copas simétricamente colocadas: los criados con la servilleta en el hombro iban y venian desde la cocina al comedor y desde el comedor á la cocina: todo estaba en movimiento. Cuando los tres amigos se presentaron en la sala se apresuraron á felicitarlo, estrechándole la mano, pintada en su rostro la alegría, aunque no

será fácil adivinar si era mucho mayor y mas pura la que ocupaba el corazón del dueño de la casa.

—Nos confesamos vencidos, exclamó Estéfano el primero; á ti se debe la victoria.

—Y los mil luses, añadió Anatolio.

—Ademas, te cedemos el rincón preferente en la diligencia, repuso Leonardo.

—Gracias, gracias, amigos míos, contestó Arturo saludando afectuosamente á Estéfano, Anatolio y Leonardo.

—En tí ha consistido que apresurásemos el viage: pasado mañana ya estaremos caminando.

—¡Ah! ¿con que se ha determinado para pasado mañana?

—¿Crees demasiado largo el término? ¡qué firmeza de carácter! exclamó Anatolio.

—Sí, querido, Arturo es un héroe: ahora puedo revelarlo: esta mañana no ha permitido que me quedase con él todo el día, para exhortarlo á que se mantuviese firme en su resolución, y...

—Basta, basta, Anatolio, me adulas demasiado.

—Nada de eso, es la verdad lisa y llana, así como lo es que hemos ganado la apuesta que hemos hecho contra los que ponian en duda tu energía: así, pues, querido Arturo, solo nos haces perder diez y ocho mil francos, seis mil cada uno; es una bagatela que no merece nombrarse.

—Seguramente, ahora hablemos de nuestro viage; ¿lo haremos embarcándonos en Marsella, ó por tierra atravesando los Alpes?

—Por mar, dijo Anatolio.

—No, por la Suiza.

—No, no, gritaron los dos, lo haremos por agua.

—¿Y por qué no por tierra?

—Por que la dama que es la causa de este viage desea ver la Suiza.

—Eso ya es diferente, replicaron Estéfano y Anatolio, sea por la Suiza.

—A propósito de queridas, dijo Leonardo con cierta extrañeza, me parece que hay en la mesa un cubierto de mas.

—¡Calla! es cierto, añadió Anatolio, acaso será que aguardas...

—No la aguardo porque está aquí.

—¡Tan tarde! ¿acaso es para celebrar la despedida?

—Tan temprano, exclamó Anatolio, si acaso...

—Ni temprano, ni tarde, caballeros; en mí subsiste siempre la misma pasión, el mismo cariño... y diciendo así en medio del asombro y sorpresa de sus amigos, se dirigió al gabinete y volvió poco despues trayendo de la mano á Ambrosina lujosamente vestida y radiante de hermosura.

—Caballeros, dijo Arturo con tono solemne, os he ganado la apuesta: el mejor medio para desentenderse de una querida es casarse con ella.

JAVIER DE ASED.

LA BATALLA DE LEPANTO.

Cárlos I de España hizo un día llamar secretamente á uno de los principales señores de su corte, y le habló de esta manera:

—Don Luis Quijada, siempre habeis sido un fiel amigo, mas bien que un vasallo: despues de haberte colmado de favores, te he nombrado mayordomo mayor de pa-

lacio, solo con el deseo de tenerte cerca de mi persona. Si ahora reclamase de ti un favor superior á los que rinde todo cortesano, si te pidiera una prueba señalada de lealtad y agradecimiento, ¿podría contar tu señor con ella?

Don Luis se postró á los pies del emperador, y con lágrimas en los ojos le contestó:

—Señor, la muerte non me sería tan sensible, como una duda semejante de parte de V. M. ¿Qué vos fice yo para que así ultrajáseis á un antiguo vasallo, á quien amábais?

—Está bien, Quijada, le dijo el monarca, y estrechándole cariñosamente la mano; replegado el llanto, que mañana os será entregado un niño que cuenta solo algunos meses. Es un depósito sagrado el que te confío, porque este depósito es... mi hijo. Su nacimiento debe ser un misterio para todos, y aun para ti mismo, ¿lo entiendes? Edúcale en la ignorancia de su estirpe, y en la incertidumbre de su porvenir, y que nadie sepa quién te le ha confiado. Trátalo como á hijo tuyo, y ámale como si efectivamente lo fuese, porque mas adelante le hará falta un protector, un amigo que vele por él y le aparte de los peligros que amenacen sus días... Yo confío en que ese amigo serás tú.

Una nueva señal de sumisión por parte de Quijada hizo conocer al monarca que estaba dispuesto á verter hasta la última gota de su sangre en defensa del niño que se le confiaba. Ambos se retiraron muy complacidos; y don Luis partió á su castillo de Villagarcía, que estaba cerca de Valladolid, á poner en planta las órdenes del emperador, y poder á sus solas dedicarse exclusivamente á su educación. Allí, con la ayuda de su esposa, le infundía los mas nobles sentimientos, le adiestraba en los ejercicios propios de su elevada cuna, preparando su alma á saber soportar tanto la dicha como la desgracia.

Por lo que hace al ilustre educando, sabía distinguirse entre todos los de su edad. Retrato de su heroico padre por su gallarda presencia, era ademas, como él, im-

petuoso y ardiente en sus designios, como si supiese de la estirpe de que provenia. Oía con risa las pretensiones de aquellos que le inclinaban al sacerdocio, pues en su imaginación no veía mas que combates, y los estrechos muros de Villagarcía le oponían una barrera insoportable, pues su ambición no deseaba mas que un ancho campo donde poder respirar con libertad, entre el confuso ruido de las armas y el sonido de las trompetas.

Los deseos de su juventud se vieron realizados. Este niño entregado á Luis Quijada era don Juan de Austria, fruto de los amores secretos de Carlos I y de la ilustre madama Blomberg, nacido en Ratisbona. Don Juan de Austria partió contra los moros de las Alpujarras, que acaudillados por Aben-Humeya, y orgullosos por las victorias conseguidas contra algunos generales de Felipe II, logró batirlos en las llanuras de Munda, en el mismo sitio donde siglos antes habia destruido César las huestes de Pompeyo, y reconquistó en pocos dias las plazas de que se habian apoderado los moriscos rebeldes. Rodrigo fué vengado, y los vencedores del Guadalete humillados para siempre.

¿Quién sería capaz de detener al joven príncipe en el camino de la gloria que veía abrirse ante sus ojos? Amenazada la Europa por las incursiones sucesivas de los emperadores turcos, é indignada de la toma reciente de Chipre por Selim, meditaba una nueva cruzada contra el poder otomano. El vencedor de Munda, que apenas contaba veinte y cinco años, fué elegido por aclamación generalísima de las escuadras reunidas de España, Roma y Venecia. En el golfo de Lepanto fué donde se enconstraron las dos armadas, el 7 de octubre de 1571. De un lado Doria, Barbarigo, Venierio, Colona, el duque de Urbino, Alejandro Farnesio, Requesens, Santa Cruz, con toda la nobleza de España, Italia y Alemania, á las órdenes de don Juan, jefe de la expedición. Del lado opuesto estaban los almirantes del emperador Selim, Ali-Pestán, los subalternos Vechali, Hassam, Siroco, Mehemet, y los primeros pachás

del imperio con la flor del ejército turco. Las dos armadas maniobraron una á vista de la otra, hasta que los dos almirantes se abordaron y rompieron la pelea. Jamás tantos intereses juntos habian pendido de la suerte de una batalla, y sin embargo se daba en Actium, donde siglos antes Octavio y Antonio habian jugado el imperio del mundo. Los mosquetes y bombardas castellanas abrieron un ancho portillo en la capitana enemiga; y aunque tres veces saltaron al abordage, tres veces fueron rechazados. Peleaban los paganos, no por la victoria; sino por ganar el paraíso que el Corán promete á los fieles creyentes, pues se trataba en aquel día nada menos que del triunfo del Cristianismo ó de Mahoma. Mas don Juan, invocando el Dios de los Alfonsos y Recaredos, y pronunciando el siempre vencedor *Santiago y cierra España*, se lanzó en medio del combate, y seguido de sus mas bizarros caballeros españoles iba sembrando la muerte en cuantos osaban resistirle. Cubierto de una fuerte armadura, era impenetrable á los golpes que le dirigian, cuando Ali, notando el desaliento de los suyos, y viendo entrada su nave, se coloca en primera fila y va á esgrimir su aifange damasquino contra el joven de Austria, que se le presenta cual si fuese un ángel exterminador. Frente á frente los dos guerreros, mutuamente se desafiaban, el musulmán con imprecaciones y el cristiano con su magestuosa sonrisa. Crudos golpes se esgrimen uno á otro, hasta que encontrándose la espada de don Juan con la cimitarra, la hizo saltar en menudos golpes cual si fuese de vidrio, viéndose en seguida la cabeza del musulmán rodar por la cubierta, y diciendo al espirar *que no habia mas dios que Dios, y que Mahoma era su profeta*.

(Se concluirá.)

Parece que los árabes fueron los que introdujeron en la medicina el uso de la casia ó pulpa de la caña fistula para purgar, por los años 821.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

OBRAS EN PUBLICACION.

1.^a SECCION. *Historia de Cien Años*, por César Cantú, traducida directamente del italiano, con notas y un prólogo, por don Salvador Costanzo. Se reparte una entrega cada quince dias.

—*Viage ilustrado en las cinco partes del Mundo*. Se han repartido las primeras entregas de esta importantísima obra, sobre la que no nos cansaremos de llamar la atención de los que nos favorecen, porque estamos seguros que hallarán reunidos en ella al interés de la narración, la enseñanza; al mérito literario la belleza tipográfica.

2.^a SECCION. *Diccionario Universal Francés-Español* y vice versa, por Dominguez; segunda edición corregida y aumentada. Se reparte una entrega por semana.

3.^a SECCION. *El Colono de América*, novela por Fenimore Cooper, con 25 grabados. Se reparte una entrega por semana.

OBRAS PUBLICADAS.

El libro del Tiempo, por don Francisco Fernandez Villabrille, con 74 grabados. Precio por suscripción, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 y 6 rs.

Historia de Napoleon el Grande, por Agustin Challamel, con 30 grabados. Precio por suscripción, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 y 10 rs.

Las Memorias del Diablo, por Federico Soulié, con 67 grabados. Se ha concluido la edición y se avisará cuando se haga una nueva.

Maria Estuardo, por Alejandro Dumas; esta obra forma parte de la colección del autor titulada *Crímenes célebres*; tiene 15 grabados. Precio por suscripción, 2 y medio rs. en Madrid, y 3 y medio en provincia. En venta 5 rs. en Madrid y 6 en provincia.

Doce Españoles de bracha gorda, obra original de don Antonio Flores, con 54

grabados. Precio por suscripción, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 rs. en Madrid y 10 en provincia.

El Diablo Cojuelo, edición ilustrada con 100 grabados originales. Precio por suscripción, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 y 7 rs.

La Casa Blanca, novela por Paul de Kock, ilustrada con 37 grabados. Precio por suscripción, 4 rs. en Madrid, y 6 en provincia. En venta, 8 y 10 rs.

Escenas de la vida privada y pública de los animales, obra crítica de costumbres políticas y sociales con 33 grabados. Precio por suscripción, 3 reales en Madrid, y 4 y medio en provincia. En venta 6 rs. en Madrid, y 8 en provincia.

El Blas de Santillana, edición ilustrada con 100 grabados originales. Precio por suscripción, 8 rs. en Madrid y 12 en provincia. En venta 16 y 20.

MADRID: 1852.—ESTAB. TIPOG. DE MELLADO, CALLE DE SANTA TERESA, NUM. 8.

Ayuntamiento de Madrid